

**SUSURROS
DEL
NAHUAL**

ALEJANDRO JAVIER POLONSKY

**SUSURROS
DEL
NAHUAL**

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2022

Polonsky, Alejandro Javier

Susurros del Nahual.

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2022.

56 p. 23x16 cm.

ISBN 978-987-85-1711-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título.

CDD A863

Impreso por Editorial Dunken

Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal

Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300

E-mail: *info@dunken.com.ar*

Página web: *www.dunken.com.ar*

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 2022 Alejandro Javier Polonsky

e-mail: *alejandropolonsky@gmail.com*

ISBN 978-987-85-1711-7

DANZA ETERNA

Es una noche difícil, no alcanzo a dormirme, una mezcla de angustia y tristeza me tienen arrinconado en un costado de mi cama.

Siento la necesidad de asomarme a la ventana de mi cuarto.

Es el segundo piso, puedo ver la calle vacía. Son las 2 de la mañana. Claro, estoy solo y creo que en mi estado, esto es peligroso, porque no sé a dónde me puede llevar.

Pero esta noche decido tener compañía, siento que hay seres que me rodean, incluso los puedo percibir reflejados en el vidrio de la ventana, afuera la calle vacía, adentro yo solo con mis nuevos amigos imaginables.

Me preguntan cómo me siento y puedo hablar, les hablo de la tristeza que me invade, de la soledad que siento, les cuento de mis recuerdos, de cuando me sentía un guerrero en esta tierra tan dura.

Pero las reglas de la vida son las reglas y me fueron destruyendo mi seguridad. Claro que tuve momentos buenos. Pude superar mi destino humilde, pero las reglas son las reglas, y la dureza de esta tierra te recuerda que el fin puede estar más cerca.

Pero hoy imagino que tengo a mis amigos, me escuchan atentamente, siento su afecto y su comprensión, es una grata y delicada sensación.

Quiero salir a caminar, pero tengo miedo que no me quieran acompañar y esta noche no quiero caminar solo, abro un poco la ventana y el frío me hace temblar, uno de ellos me abraza, un abrazo cálido. Me susurra al oído que me comprende, que él también estuvo solo hasta que yo lo descubrí, me mira a los ojos y veo sus ojos, un ámbar brillante, penetrante, me puedo ver reflejado en esa profundidad.

Mi imaginación hoy funciona, y el dolor que sentía en mi alma se disipa, me siento acompañado y me empiezo a mover al ritmo de una lenta melodía que, se me ocurre, está vibrando.

Mis invitados imaginarios se sientan en el piso y me miran danzar, y me encanta que me miren.

Hace bastante tiempo que nadie me mira de la forma que ellos me están observando, esta noche es mágica y dejo que la magia me invada. Y con mis movimientos, les dancedé contando esta historia, que ahora les cuento a ustedes.

Siento que reviven mis recuerdos de la época en que me sentía un ser lleno de energía, me sentía ser parte del relámpago, de la luz. Me sentía ser integrante de un grupo de seres que debían vencer en esta tierra y no dejarse avasallar por la muerte.

Yo intuía que existe un puente que cruza el espejo. Una abertura que permite el milagro de cambiar de plano e ingresar en otra onda vibracional. Un mundo que esta mas allá de la vida y la muerte, un camino que pocos logran transitar. Una vez encontré ese puente debajo de una lluvia torrencial y por encima de un río olvidado y perdido entre las sierras de Córdoba. Ese puente, que en mis recuerdos, era plateado, me estaba esperando y yo lo pude encontrar.

Una noche ya lejana, estaba acampando junto a mi compañera, en un bosque perdido entre montañas bastantes altas, y en forma imprevista un rayo cayó muy cerca de la carpa donde estábamos durmiendo. El susto fue inmenso, corrimos y nos refugiarnos de la lluvia en una choza derruida en medio de la nada. La carpa a pesar de todo quedó intacta pero al lado, había un árbol que aún ardía, medio chamuscado, por culpa del rayo fulminante.

La lluvia arreciaba y continuaban los rayos cayendo violentos sobre la tierra mojada. Decidimos movernos pues nos parecía peligroso quedarnos quietos, y empezamos a caminar sin rumbo, pues habíamos llegado a ese lugar a plena luz del día, pero de noche era imposible encontrar el camino de regreso.

Increíblemente en el medio de esa nada, encontramos a una persona que también estaba perdida sin orientación alguna por esas mismas montañas. Caminábamos sin sentido, solo queríamos encontrar un camino correcto, pero no había caminos.

Estábamos juntos y eso nos bastaba, hablábamos para no asustarnos mas, pero hablábamos de la vida, de la tierra, de la suerte de habernos encontrado en el medio de la nada. El agua caía incansable y el ruido de los truenos era ensordecedor. Caminábamos, casi corríamos, muy juntos, hasta que a lo lejos gracias a la luz de los relámpagos, divisamos un río y hacia allí nos dirigimos.

Extrañamente, sobre ese río, había un puente iluminado por el sol mientras nos rodeaba una tormenta intensa.

Corrimos y gritamos llenos de alegría, sabíamos que ese puente era nuestro, que una puerta mágica se había abierto para entrar en lo desconocido.

Y corrimos. Y riendo, nos lanzamos al puente agarrados de las manos.

Y estuvimos por un tiempo rebotando en la eternidad, mundos oscuros, mundos brillantes, paisajes rojos, verdes y azules, éramos testigos del enigma que nos trajo a la tierra y nos llevará alguna vez hacia la nada, en un mismo movimiento fluido.

Fue un buen momento, aprovechamos nuestra cuota de suerte, un rayo nos sacudió y nos regaló esa oportunidad, y tuvimos la velocidad para encontrar lo que estábamos buscando hace mucho tiempo.

Mis amigos me siguen observando y yo sigo danzando y recordando, y tratando de no sentir otra vez la desesperación que había sentido hace un rato en mi cama.

Pero esta tierra dura, tiene sus reglas y las reglas son eso, reglas, y hay que respetarlas. Y hay que tratar de no llorar y no dejarse vencer, porque alguna vez, estoy convencido, volverá a estar el puente y estará el rayo y la tormenta y una puerta mágica dibujada en la nada.

Solo hay que saber estar alerta y esperar el momento.

Esa es mi predilección.

Yo sigo bailando y mis amigos imaginarios me miran, me sonríen, me escuchan y me ayudan a danzar.

Y quiero imaginarme, y lo logro, que ellos afirman con sus sonrisas, susurran que sí, que lo voy a lograr, me piden que no abandone la vida, que sepa esperar, y pelear, que ese dolor pasará y encontraré todo lo que busco desesperadamente, porque lo que busco es magnífico y me pertenece.

Hace mucho tiempo que nadie me miraba de la forma en que ellos me miraban... me lo repito algunas noches difíciles... y comienzo a danzar.

LA CUEVA DE LAS MANOS

PARTE I LA PRIMERA BATALLA

Una vez tuve que ir a visitar a, un viejo amigo, que tuvo un accidente y estaba en una clínica.

Los lugares con médicos y enfermos, no me gustan, pero no podía dejarlo solo.

Me contó que estaba detenido en una esquina, arriba de su moto aguardando que cambie el semáforo. Un auto no alcanzó a frenar y sin explicación alguna lo embistió y lo lesionó. Y acá estaba dolorido y en reposo esperando que le den el alta.

Cuando llegué estaba con algunos cables conectados a su cuerpo. Yo le había llevado un par de revistas de autos Antiguos, pues a el le encantan esos autos.

Carlos es uno de los mejores mecánicos de autos antiguos del país y además participa en carreras de regularidad con los vehículos que el mismo prepara.

Mientras estábamos ojeando las revistas y charlando, entra una enfermera y prepara la cama que estaba al lado de la de mi amigo, lo hace rápidamente y sale corriendo de la habitación, al instante entra nuevamente con dos camilleros que traían en la camilla a un hombre mayor.

Yo, a pesar de que me impresiono fácilmente con la debilidad y la enfermedad humana, no pude dejar de echar una mirada y ver a un hombre que tenía la piel prácticamente blanca.

No pude dejar de notar que en realidad todo era blanco. Las mantas, la camilla, la cama, la almohada, el pelo y la piel de ese hombre, inclusive la luz de esa habitación era de tubos fluorescentes blancos y las paredes también estaban pintadas de blanco.

Había una ventana que permitía que el sol pegue de lleno dentro de la habitación, por lo que daba la apariencia de estar dentro de una nube blanca.

Las tres personas vestidas de blanco dejaron a ese hombre en la cama y se fueron.

Con mi amigo hicimos silencio, por respeto al nuevo compañero, pero estábamos incómodos.

El hombre comenzó a respirar haciendo un sonido muy fuerte, y mi amigo comentó al pasar y tratando de minimizar la situación para no asustarse, que seguro tenía un catarro, una gripe fuerte.

Tratamos de evadirnos de la situación, pero el hombre empezó a moverse y tocarse la garganta con desesperación, era evidente que le costaba respirar.

Yo no sabía que hacer, le pregunté si necesitaba algo, pero ni me escuchó, pues continuaba tratando de respirar, y se trataba de incorporar.

Decidí ir a buscar a la enfermera, pero por suerte, el hombre empezó a calmarse, y a respirar mejor.

Igualmente, mi amigo, me pidió que vaya a buscar una enfermera o un médico y le cuente lo sucedido.

Salí al pasillo y no encontré a nadie, entonces opté por entrar en todas las habitaciones, hasta que vi a una mujer vestida con un guardapolvo celeste y le comenté lo que estaba pasando. Me dijo que era médica no enfermera y que estaba muy ocupada revisando a un paciente, cosa que era cierto pues estaba al lado de una mujer recostada en una cama.

Me aconsejó que vaya directamente a enfermería, que estaba al lado de la puerta de ingreso al área de terapia intensiva.

Corrí hasta la enfermería y me encontré con un enfermero, le conté lo que le estaba pasando y me dijo que no me preocupe que ya le habían suministrado la medicación indicada por el médico.

Volví tranquilo a la habitación y por suerte el hombre estaba silencioso, y acompañado por una señora muy bien vestida, que seguro era su esposa. Me puse a hablar con mi amigo, aunque los dos estábamos intranquilos.

Yo conocía muy bien a Carlos y sabía que la situación lo estaba asustando, mi amigo es una persona que presta mucha atención a las cosas que suceden a su alrededor, siempre busca señales de buenos o malos augurios en su vida.

Por lo tanto su situación actual le estaba provocando pánico.

Por eso le comenté en voz baja que un enfermero me dijo que el hombre iba estar muy bien, se estaba curando pues le habían dado una medicación para ayudarlo a respirar mejor.

No pude evitar mirar de reojo la cama de al lado. La mujer estaba llorando en silencio y el hombre miraba hacia el techo. Yo quería irme de esa habitación pero no podía dejar solo a mi amigo.

Estuvimos en silencio cada uno con sus propios pensamientos.

Solo se escuchaba el sollozo de la mujer, que no quería llorar fuerte para que su esposo no se alarme.

Al rato el hombre salió de su letargo y con una voz muy firme, que nos sorprendió a todos dijo:

—María no llores mas, me están llamando y creo que voy a aceptar el llamado, por ahora estoy resistiendo, pero siento que no me queda tiempo, sé muy bien lo que esta sucediendo.

Hizo silencio para respirar y continuó.

—No sé porque tienen que estar en este momento tan trascendente para mí, esas personas que no conozco, a mi lado.

Y agregó:

—Uno de esos hombres tiene todavía pequeñas alas de cristal, aun no puede volar, pero tratá de recordarlo. Lo vas a volver a cruzar en otro momento de tu vida.

Con mi amigo nos miramos y los dos arqueamos las cejas, sorprendidos por esta inclusión de alguno de nosotros dos, yo por supuesto, pensé que se refería a mi amigo.

Y luego el hombre continuó: —María, quiero danzar ante la muerte, quiero contarle a mi muerte todas mis hazañas, lo que luché en este mundo, lo que intenté para vencerla, quiero contarle que no desperdicié mi tiempo, que hice todo lo mejor que pude. Quiero que no llores, que vivas con intensidad lo que te queda, que disfrutes minuto a minuto de esta vida hermosa, que no dejes nada por hacer.

—Quiero que mi muerte sepa que me pasé toda la vida juntando energía para poder pasar al otro lado y llevarme mi cuerpo conmigo, ahora te puedo asegurar que eso es imposible. Voy a

intentar mantener mi conciencia, que no se desparrame en el infinito, lo tengo que lograr. Yo quería danzar orgulloso y victorioso frente a mi muerte, pero casi ni puedo respirar, no puedo levantarme de esta cama, pero voy a intentar cantar, brillar. Le voy a pedir una última oportunidad, espero que me la otorgue.

María se estiró en la cama a su lado, lloraba silenciosamente y le murmuraba al oído. –Estoy orgullosa de vos, viviste como un guerrero, no te pudieron vencer, Tenés la energía para lograr tu propósito, Esperame, a donde vayas por favor esperame.

El hombre empezó a reír y a no poder respirar, y a jadear y a reír otra vez y en ese remolino se lo escuchaba murmurar, se lo escuchaba susurrarle a la muerte, a su contrincante.

Le contaba mil cosas, y también escuchaba, contaba todo lo que hizo en este mundo... era un murmullo hermoso, era un canto, era música, una danza, sin dudas era su danza frente a la muerte.

Y se fue durmiendo, se fue silenciando, se fue apagando en paz...

Sin lugar a dudas ese hombre era un guerrero y se fue luchando, brillando.

No mostró un ápice de temor.

Pero todos en esa habitación, sabíamos que fue una lucha desigual.

LA CUEVA DE LAS MANOS

PARTE II EL SALTO HACIA LA LIBERTAD

Era setiembre cuando decidí salir con el auto a la ruta. No tenía un destino, pero quería conocer la ruta nacional 40, y como era casi primavera, me dirigí hacia el sur.

Una vez que llegué a la ciudad de Perito Moreno, en Santa Cruz, después de hacer noche en un pueblo pequeño sobre la ruta nacional 3, me preparé para cruzar la abandonada ruta Nacional 40, hacia el sur.

Esta ruta es muy conocida por su estado de destrucción y la soledad de su entorno, muy pocos se aventuran a transitarla, salvo que sean de la zona y sepan muy bien manejar entre piedras de todos los tamaños.

Mi necesidad de soledad y de distancia de Buenos Aires, mi lugar de residencia y trabajo, era muy grande, y nada mejor que internarme en los paisajes desolados de la estepa patagónica.

La sensación de vacío en la Patagonia argentina es brutal.

Los paisajes secos, áridos, cortados por mesetas, rocas de todos los tamaños, es una herida abierta en la geografía, un cuchillazo tallado por los dioses, en la tierra, y el dolor de ese cuchillazo te hace comprender que el paisaje es una metáfora del destino del ser humano.

El viento te susurra que el tiempo que te queda siempre es poco, las mesetas caprichosas ni te miran siquiera, pero percibís el sufrimiento de la tierra, es vislumbrar el alma de nuestro planeta.

Es eso, la Patagonia es la parte mas sensible de nuestro mundo, que te habla de frente, que llora, que te cuenta, si la sabés escuchar, el destino de todos los seres conscientes.

Si resistís viajar por la Patagonia, tenés alguna esperanza de percibir aunque sea un poco, el significado de nuestro paso por esta tierra tan hermosa.

Cuando caminas por estos parajes desolados y ventosos es a favor, o en contra del viento.

Es una metáfora de la vida misma. Cuando te empuja de atrás, caminas ligero, podes mirar el horizonte y tranquilamente sonreír, pero cuando se viene el viento de frente, tus pasos se hacen lentos, bien lentos, y te sometes a la fuerza del viento, para llegar aunque sea arrodillado a tu destino de ser humano, si posees la fortaleza y las agallas de seguir avanzando.

Este viento te desgasta, te quiebra, te desnuda, te hiela, eso es la Patagonia, y algo de eso es el camino de esta vida.

Pero en medio de todos estos pensamientos yo podía sentir que este lugar, a cada segundo, a cada minuto, me llenaba de energía. Y que esa energía la utilizaría para intentar en mi vida otra oportunidad. Intuía que mi vida podía cambiar, y atravesar estos lugares abandonados y golpeados por temblores, movimientos telúricos y cortados a hachazos limpios, por artesanos Inmortales del Olimpo me iba ayudar a forjar un destino mejor.

Y así me metí bien adentro en esta tierra dura.

Desde el último pueblo tenía 120 kilómetros llenos de piedras y pozos hasta poder llegar al próximo paraje que se llama Bajo Caracoles.

Pude manejar a una velocidad de 20 ó 30 kilómetros por hora en los mejores tramos, y por supuesto, me agarró la noche.

Y si la soledad del día da cierta aprehensión, la energía de la noche, en el medio de esta zona desgarradoramente solitaria, te despierta el miedo a lo desconocido.

Y a esa velocidad lenta, las cosas te pasan lentas, y así despacio vas comprendiendo, que de ese camino ya no te escapás.

Hiciste un montón de kilómetros, por lo que volver te asusta, detener el auto en el medio de la nada te parece un delirio, lo único que queda es seguir adelante sabiendo que te espera un largo camino de oscuridad y silencio.

Para peor, este lugar no te da ni una sola caricia, pero al meterte tan adentro sentís que te va curando, sin saber el porque, pero te va curando, cicatrizando, te sentís fuerte, duro, seguro, sentís que ese lugar te curte la piel y ya las piedras de tanto verlas, tocarlas, sentirlas, parecen mas suaves.

Y así andando cada vez mas despacio, tratando que no se me pinche un neumático y me quede varado en el medio de la nada, tomé una curva a quince kilómetros por hora y de reojo me pareció ver, a un costado del camino a un hombre con poca ropa, a pesar del frío y con una botella en una mano y una lanza en la otra.

Frené de inmediato, pero me quedé adentro del auto. No sabía si descender o continuar. El hombre no se movía y lo primero que pensé era que estaba borracho o que pretendía robarme algo.

Pude apreciar que estaba firmemente parado y erguido con cierta dignidad, y su mirada profunda, estaba clavada en mí.

Luego de un rato se acercó despacio al auto y me dijo que no me asuste, que me baje del auto, que tenía que hablar conmigo.

Apenas me bajé sentí el frío que me congelaba, pero inmediatamente pasó un brazo por encima de mis hombros, el frío que sentía desapareció. Y así comenzamos a caminar.

Me contó muchas cosas. Me dijo que ese era su lugar, su casa, su morada, a pesar de que yo no veía ninguna construcción. Que si bien antes vivía en una ciudad, ahora sentía la necesidad de vagar por esos parajes. La botella era de agua y la lanza no era tal, sino que era un palo que lo ayudaba a caminar por entre las piedras y la tierra áspera.

Me contó que si bien en la ciudad tenía todo lo que necesitaba para vivir bien, él se pudo escapar y que se alimentaba con lo que le daban en las estancias.

Hacía mucho tiempo que estaba perdido por esos montes, pero que no pensaba volver, pues esta tierra, decía, le guardaba un regalo único. Me dijo que en la ciudad él era una persona con nombre, apellido, edad, dirección, en cambio en este lugar era solo un ser vivo sin distinción de ningún tipo, que vivía en un estado de inmenso bienestar.

Me dijo que amaba esta tierra profundamente.

Así estuvimos un largo rato charlando y yo le conté mis cuestiones, mis dudas, mis logros y mis miedos. Entre los dos se fue creando un lazo misterioso que nos fue uniendo en nuestra conversación. Al rato de estar conversando, en un determinado momento me interrumpió, me pidió que deje de hablar y se quedó pensando.

Pude ver que había una lucha interna en ese individuo, varias veces hizo gestos de comenzar a hablar pero se volvía a callar y pensar, su rostro por momentos denotaba cierto temor, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no cayó ninguna por sus mejillas. Hasta que rompió el silencio y se decidió.

Me miró fijo a los ojos y me empezó a contar una historia, me dijo que el pertenecía a una raza de hombres que buscan la libertad.

Hombres y mujeres que recibieron las enseñanzas y el conocimiento de los antiguos y verdaderos dueños de toda esta tierra.

Me contó que este grupo de hombres y mujeres, habían encontrado una puerta, un umbral que los llevaba al otro lado, a otro mundo, y que durante toda la vida se preparaban para ese momento.

Me dijo que él hace tiempo que está vagando por el desierto, pues aún no había juntado el coraje y la energía suficiente para dar el paso que tenía que dar.

Se incorporó, se irguió con una estampa envidiable, un cuerpo firme, formidable, cerró los ojos, se quedó un rato en esa posición, sentí que se mimetizaba con el paisaje, era una roca mas en esa inmensidad.

De repente abrió los ojos, clavó su mirada en las estrellas, respiró profundamente y me pidió que por favor lo acompañe. Que tenía que ir a un lugar que no estaba tan lejos de ahí.

Yo por supuesto me negué, pero me dijo que era necesario porque mi presencia no era casual.

Y dijo algo que no comprendí,

—Todo guerrero sabe que debe haber un testigo en el momento en que intente pasar al otro lado. En el momento que se abre la puerta.

Me aseguro que si no lo ayudaba jamás lograría su propósito, que sería solo un rato y volvería a la tranquilidad de mi auto y mi vida.

Sin dudar, lo seguí.

Trepamos enormes rocas, nos perdimos por lugares desconocidos, cruzamos un río.

Llegamos a un gran cañón y comenzamos a escalar, no había camino, solo había que trepar y trepar. En algún momento al hombre le dio un poco la luz de luna en cuarto menguante, y me pareció reconocerlo, pero no pude recordar de donde. Subimos la última pared de piedras y llegamos a una cueva, que estaba casi al borde de un precipicio bastante pronunciado.

Encendió una antorcha que estaba ahí tirada y sacó de una esquina detrás de unas piedras un pequeño balde que contenía un líquido de color rojo.

Apuntó la antorcha sobre la pared de la cueva y ahí pude apreciar que había una gran cantidad de manos grabadas en esa pared.

El hombre hundió su mano en ese líquido, la apoyó luego en la pared de la cueva, muy cerca de un grupo específico de manos, que eligió con sumo cuidado, y así su mano quedó impresa de color rojo.

Me explicó que antes de saltar debía imprimir su mano izquierda en la pared, así lo habían hecho todos los guerreros que habían saltado por la puerta de entrada al otro mundo. Cuando se

graba la mano en esa pared, comienza la magia y emerge una hilo de plata que atraviesa el núcleo, y si en la oscuridad te perdes, solo hay que seguir el hilo plateado que emerge en otro mundo, tan hermoso como este, pero donde no rigen las leyes del tiempo y el espacio.

Me explicó que muchas tribus indígenas habían pasado en su totalidad al otro lado, sin dejar rastros en esta tierra, solo sus manos impresas en esta cueva.

Me contó que muchos guerreros habían saltado al precipicio. Si no contaban con la energía suficiente para brillar, su cuerpo se encontraría destrozado al fondo del cañadón.

Me agradeció mi ayuda, pero antes de saltar me miró. De todo su cuerpo emanaba una alegría indescriptible, estaba encendido, luminoso. Puedo asegurar que estallaba de energía y me dijo: — Estoy a punto de saltar pero te pido que una vez que regreses a tu ciudad busques a María. Te acordás muy bien de nosotros ese día en el hospital.

Contale lo que viviste conmigo. Ella va a entender que la muerte me dió esta oportunidad y no la voy a perder.

Me quedé congelado, el impacto fue imposible de asimilar, ahora sabía de donde lo conocía.

Yo ví a ese hombre en una situación totalmente opuesta a la que estaba viviendo ahora.

Me empecé a desvanecer, pero antes de perder totalmente el conocimiento o quedarme dormido, recuerdo haber visto una ser encendido en fuego, correr, saltar, volar, volar y reír, acariciar la tierra y desaparecer.

Me desperté afuera de esa cueva, pegado al precipicio. No se me ocurrió ni por un momento mirar al fondo del cañadón, sabía que ese hombre había triunfado, sabía que esa batalla la había ganado, supe que esa batalla fue desigual, nadie podía vencer a ese hombre.

Absolutamente nadie.

MONTAÑA ENCANTADA

Me levanté temprano y sentí otra vez la necesidad de irme de Buenos Aires, de volver a viajar.

Me quedé un rato mas en la cama pensando hacia donde ir.

No recordaba cuanto dinero me quedaba, pero pensé que la provincia de Córdoba sería un buen lugar.

Podría ir con la carpa y quedarme en un camping en medio de las sierras.

Apoyado en algunos libros que había leído, imaginaba que si me internaba en parajes desolados y plenos de energía, quizás, me encontraría con algún ser místico, o tendría algunas experiencias, que me permitiría entender un poco el sentido de la existencia. Me negaba a creer en la casualidad, y lo efímero de nuestro paso por la vida.

Fantaseaba con la posibilidad de tener sueños reveladores, e inclusive, como también había leído en esos libros, que podría despertarme dentro de esos sueños, tener conciencia de que estaba soñando y con mi cuerpo de ensueño, que es tan liviano y tan esquivo, conocer otros mundos diferentes a este, dimensiones diferentes, o simplemente poder vivir dentro de ese estado de ensoñación, pues los sueños no tienen limites de imaginación y fantasía.

Pensaba que para lograr esos estados era importante dos cosas, estar en lugares que tuvieran energía, lugares llenos de naturaleza, desolados, alejados de cualquier tipo de civilización que los intoxique y como segunda medida, poseer un gran caudal energético, que se conseguía con mucha voluntad y no desperdiciando energía en conseguir solamente cosas materiales, y mucho menos aun, tener como meta, imitar a los íconos de la publicidad, íconos televisivos, vidas vacías que necesitan permanentemente ser vistos, oídos, admirados, envidiados. Yo consideraba que toda esa gente era un desperdicio.

Entonces me decidí por viajar y conocer el cerro Uritorco, ubicado en Capilla del Monte.

También me gustó la idea de acampar en la cima del cerro.

Una vez decidido el plan, me levanté de la cama, me fui al cañón donde guardaba la plata. Me quedaban unos cuatro mil pesos.

Calculé que el pasaje de ida y vuelta me saldría unos 1.800 pesos. Conclusión, tenía lo que necesitaba, pues, para sobrevivir unos días solo necesitaba agua, yerba y fuego para hacerme mis mates, y comprar algunos panes caseros y un trozo de queso, algo de dulce y algunas manzanas.

Con eso me alcanzaba para estar perdido en cualquier lugar del mundo por unos días.

Preparé la mochila con algo de ropa, la carpa y una bolsa de dormir, tomé del estante el libro EL VIAJE A IXTLAN de Carlos Castaneda (libro que siempre me acompañaba en mis viajes), y después de tomar unos mates, pegarme un baño y avisar a un amigo que cuide a mi gato, me fui para la estación de ómnibus de Retiro.

Llegue a Capilla del Monte luego de viajar toda la noche, y comencé a caminar hacia el cerro Uritorco.

En el camino me compré las provisiones. Fueron unos siete kilómetros bajo un sol abrazador. Pero mi permanente impulso por trepar al cerro me hacía olvidar el cansancio y el calor.

En todas esas aventuras mi cuerpo vibraba de felicidad.

Una vez que llegué a la base del cerro pude tomar agua fresca del río que bordea varias sierras.

Ahí llené dos botellas de agua y empecé a trepar.

El camino estaba bien demarcado, por lo que era imposible perderse.

Calculaba que era un ascenso de aproximadamente cuatro horas hasta la cima, y teniendo en cuenta que el sol estaba descendiendo sentí cierta aprehensión al pensar que se avecinaba la noche.

Subía a paso vivo sin descanso. Trataba de adelantar la llegada, no quería estar a la noche en ese camino solitario.

El hecho de que estaba solo y me dirigía hacia un lugar inhóspito y, más aún, que el sol se estaba ocultando rápido, empezó a preocuparme.

No sabía a que le empecé a tener miedo, pero lo sentía.

Seguí subiendo, pero el cansancio empezó a vencer mi resistencia, y no me quedó otro remedio que detenerme a descansar.

Cuando detuve la marcha para retomar energías, pude prestar atención a las nubes. Estaban bastante cargadas, no eran blancas sino grises y muy espesas, inclusive, algunas ya empezaban a estar a mi altura, y provocaban un efecto bastante aterrador, pues mi

mayor temor era no poder ver el camino. Ya estaba a mucha altura y muy cerca de la cima del cerro.

Mi mente estaba muy inquieta, sentía peligro, y no podía entender a que.

En esa soledad, en ese lugar totalmente aislado de todo, no había nada que pusiera en peligro mi integridad física.

Ese pensamiento me empezó a calmar, y pude empezar a disfrutar de esa soledad inmensa.

Al rato me di cuenta que era justamente esa soledad, ese silencio absoluto, lo que me daba miedo.

No había nada ni nadie a mi alrededor, no había absolutamente un solo pensamiento flotando que no sea el mío propio.

Cualquier movimiento de mi cuerpo producía un ruido que podía escuchar, mi propio corazón golpeaba tranquilamente mi pecho, una brisa era perfectamente detectada por mis oídos. En ese silencio una piedra podía emitir algún tipo de comunicación. Los sonidos eran auténticos, inclusive podía sentir el movimiento de las nubes, pero a pesar de esos pensamientos, el miedo volvía.

En ese exacto momento el miedo y mis pensamientos descontrolados, me pusieron en un estado de pánico, no sabía si descender o seguir subiendo, quería escapar, pero no sabía a qué escaparle... pero por suerte algo en mí surgió y me impulsó a avanzar hacia la cima.

Esa decisión me puso contento, pues era avanzar hacia lo desconocido. Descender era volver a la seguridad que me podía brindar la cercanía con algún ser humano, ser un punto fijo, por la mirada de otro.

En cambio avanzar, era entrar en ese torbellino de soledad e incertidumbre. Y hacia allí me dirigía.

La noche cubrió todo, caminé en la oscuridad, pero ayudado a veces por la luz de una pequeña porción de luna en cuarto menguante, que asomaba por momentos cuando las nubes lo permitían.

Agotado de ascender, llegué a una especie de meseta inmensa, muy cercana a la cima de la montaña, y decidí detenerme y hacer la carpa en ese lugar. Desconocía la hora, pues no tenía reloj.

El problema que ahora me enfrentaba era encontrar el lugar dónde poner la carpa. Iba a pasar la noche solo, en el medio de la nada y no sabía a qué peligros me podía enfrentar, necesitaba un espacio bastante reparado del viento, no muy cerca de árboles o vegetación que podía esconder algún animal o serpiente peligrosa. Y por sobre todo tenía que sentir que ese lugar me pertenecía y me iba a cuidar. Se por experiencia que hay lugares con muy mala energía que provocan pensamientos horrorosos, lugares que enferman, lugares que intranquilizan. Y otros que son todo lo contrario. Luego de mirar, sentir, sentarme en varios sitios, elegí un espacio entre dos rocas muy grandes para instalar la carpa, apenas me senté ahí, para probar mi cuerpo se relajó y mi mente se tranquilizó. Era mi lugar.

Armé rápidamente la carpa y sentí un poco de tranquilidad, pero el miedo persistía, estaba agazapado y mezclado con la adrenalina de estar solo, en un lugar tan apartado del mundo.

El silencio era abrumador, a tal punto que producía en mis oídos un sonido hipnotizante. El cielo se había despejado un poco y como no había luz de luna llena, las estrellas eran infinitas.

De repente a escasos metros empiezo a escuchar un sonido rasposo, como si algo se deslizara sigilosamente por el suelo. Mi corazón se paralizó del susto y emergiendo de la oscuridad absoluta, aparece un hombre, canoso, con barba, que caminaba y llevaba consigo un caballo color azabache.

Ambos se dirigían resueltamente hacia donde yo estaba.

Me quedé quieto, y permanecí pegado a la carpa.

Ese duo pasó a mi lado. Ni el hombre ni el animal, se percataron de mi presencia, o por lo menos no lo demostraron, pasaron en silencio mirando hacia delante, caminando lentamente, y fueron nuevamente tragados por la oscuridad.

Una vez que me recuperé del susto me metí con una velocidad de relámpago dentro de la carpa, sabía que no eran fantasmas, pero los ojos del animal y de ese hombre no eran ojos humanos, esos ojos eran espejos que reflejaban el cielo estrellado que unos minutos antes yo estaba observando.

Sabía que ya no podía abandonar ese lugar. Si emprendía el regreso en esa oscuridad, me iba a caer seguramente a un precipicio. La carpa me daba una ridícula seguridad, pero de ahí no me iba a mover hasta que saliera el sol.

Comencé a cantar para tranquilizarme, pero mis oídos estaban atentos a cualquier sonido.

Canté todas las canciones que se me vinieron a la mente, pocas y absurdas, pero afuera el movimiento y los pasos rasposos continuaban. Escuchaba que por fuera seguía pasando gente, siempre para el mismo lado, para el lado de la cima. Inclusive en varias oportunidades me pareció o me imaginé que algunas voces imitaban mi canto, no sabían la letra pero tarareaban la música.

Yo no me animaba a sacar la cabeza afuera de la carpa.

En un momento alguien golpea un poco la lona de la carpa, no me animé a responder, vuelven a golpear la carpa y en un susurro alguien dice:

—Esta bien, no te voy a obligar a que abras la carpa, simplemente te pido que prestes mucha atención. Vencer tus propios miedos, avanzar hacia la meta propuesta sea cual sea, controlar tus pensamientos, por eso estas acá.

—Comprendiste lo que la gente hace para estar tranquila y no temer, fijan su energía en un punto y no la dejan fluir, esa seguridad te aparta del camino hacia este lugar.

—Ahorrar energía, no seguir la rutina estúpida de los seres humanos, te permitió vernos.

—Te expusiste ante nosotros, —dijo— en todo este cerro hay un solo Umbral justo entre estas dos piedras, elegiste el lugar correcto, de lo contrario no íbamos a encontrarte nunca.

Y siguió hablando:

—Hay algunos seres humanos que van a entender tu relato, búscalos.

—No estas solo en este objetivo —insistió— pero vas a tardar muchos años en encontrar la gente que viajará con vos.

—Vas a sentir que la gente te odia, te elude, te teme, te abandona. No te doblegues, mientras tanto, no te desesperes, la soledad hay que saber dominarla, vos continuá adelante y dentro de un tiempo, vas a volver a este sitio, llegarás con heridas, con marcas, con cicatrices, la vida de un hombre que busca la libertad es ardua.

—Este lugar, es tu lugar, siempre te va a estar esperando. —Si alguna vez sentís realmente que no puedes seguir adelante, volvé, sentate acá, y esperá.

—Quizás tengas la suerte que la puerta se vuelva a abrir y podamos conectarte, y quizás llevarte.

—Confiamos en tu corazón, podés triunfar. Pero aun no es tu momento.

Me quedé dormido muy profundamente, y soñé que estaba dentro de la carpa durmiendo, pero a la vez, podía ver claramente, un grupo de niños riendo, gritando, corriendo desde la cima del cerro.

Pensando que se iban a chocar y golpear con la carpa me desperté sobresaltado.

Ya era de día. Salí de la carpa y distinguí la pradera por donde bajaban corriendo los niños, en mi sueño reciente.

Sabía que mi viaje había concluído.

Tomé algo caliente, comí un poco de pan y emprendí el regreso.

Llegué a la estación de micros y compré un pasaje. El micro salía dentro de tres horas. Me fui a caminar por las calles que tenía Capilla del Monte como centro, una era curiosamente techada, con una estructura de hierro y chapa.

Me tomé un helado. En un negocio de video juegos, había unos flippers, y me entretuve un buen rato. Luego encontré una librería.

En la vidriera un libro en particular me llamó la atención, era de tapa blanda y de pocas páginas, entré a ojearlo y me enteré que

algunas personas que dicen ser videntes, sostienen que en el cerro Uritorco hay una entrada secreta a un mundo superior y además, hay una escuela donde educan a niños que pertenecen a ese mundo. Dejé el libro en su lugar.

Volví a mi casa, mi gato me estaba esperando. Hoy mi gato no está conmigo, hace muy poco se fue, y lo extraño tanto, que tengo que escribir mis viajes para acordarme lo alegre que me ponía volver a mi casa y saber que me estaba esperando.

EL ENSUEÑO DE UN GATO

(Un cuento solo para gatos)

Un pedazo de papel es un buen lugar para dejar caer todo el dolor.

Niki no era mi mascota, no era mi animal de compañía.

Mi gato, era una porción de mi mismo.

Se había convertido en la expresión de mi equilibrio. Su silencio era mi silencio interior, plasmado en el exterior.

Su mirada era mi espejo. Su tibio pelo era el lugar a donde yo me cobijaba cada vez que necesitaba dulzura y cariño.

Lo mas importante de Niki era su energía. Cuando se sentaba frente mío con sus patas delanteras cruzadas y debajo de su cuerpo, era la imagen propia de Buda. Me transmitía potencia, equilibrio. Me miraba fijamente y con su mirada firme y penetrante, me hablaba.

Me transmitía su visión, la visión de un gato sobre este mundo.

Los gatos no hablan, pero emiten una vibración muy clara y sencilla de entender.

Pero un día se fue y me dejó solo.

No me olvido, no me curo, no me cicatrizo.

Durante 15 años me cantó su música, y la disfruté, la amé, y hoy no puedo escucharla.

Yo estaba convencido que lo iba a recuperar, que Nick de alguna forma volvería a mi lado.

Y entonces, salí a buscarlo.

Iba a lograr la alquimia mas grande que cualquier brujo haya logrado.

Busqué en el mapa el lugar mas silencioso, pero a la vez pleno de energía. Porque mi gatito era así.

Estaba seguro que en un lugar de esas características podría lograr un encuentro milagroso con el.

Mi camioneta llevaba mis lágrimas.

Andaba y andaba por esa estepa triste y primigenia que es la Patagonia.

Bien al sur de la hermosa provincia de Río Negro.

Me cobijaba en esa inmensidad, y ese lugar adormecía mi tristeza.

Cada tanto, paraba al costado del camino, trepaba alguna meseta y llamaba a mi gato dentro de mi corazón.

Miraba detrás de piedras, de árboles, porque estaba convencido que iba a aparecer.

Llegué al último lugar mágico que pude encontrar en ese viaje.

Este lugar está en un pueblo llamado Trevelin en la Provincia de Chubut.

Un pequeño parque nacional escondido, muy cercano al limite con Chile, cuyo nombre es Nant y Fall.

Ese era el lugar que estaba seguro, mi gato podría elegir para encontrarse conmigo.

Lo busqué, lloré gritos silenciosos, estuve esperando.

Sabía que era el único lugar y momento en donde la magia podía suceder.

Vi duendes corretear y esconderse entre las piedras, vi a las hadas trenzar collares con mis lágrimas, mientras me miraban de reojo.

Vi un cielo expectante. Sentí la puerta que se abría... también escuché lejanamente su música, pero no tuve la energía suficiente para verlo. Niki estaba ahí, pero yo no alcanzaba a verlo.

Me fui un poco preocupado, y con una duda.

No sabía si él quería volver conmigo. Vi señales claras de que estaba ahí, pero no pude encontrarlo. Y el no se comunicaba conmigo.

Entonces, esa noche soñé por primera vez con él.

El sueño fue así: Yo estaba perdido dentro de un gran castillo. No sabía porque estaba ahí, pero buscaba una salida de ese lugar.

En eso escucho, en el sueño, un grito penetrante que me aturde. Me pongo a buscar el origen de ese grito y a medida que me acerco reconozco el maullido de mi gato.

Cuando lo encuentro lo veo con su nariz olfateando embelesado un plato con cáscaras de naranja disecadas.

Al despertar reconocí el mensaje en ese sueño. Esas cáscaras yo las usaba para agregarle a la yerba del mate y siempre estaban cerca de su plato de comida.

Ese sueño disipó las dudas de que mi gato me había olvidado, y me dió el empujón que necesitaba para seguir intentando traerlo nuevamente conmigo.

Lo he encontrado en muchas oportunidades dentro de los sueños.

El último intento de arrancarlo de la muerte, fue cuando soñé que encontraba a Niki en un balcón que extrañamente pendía del aire. Un balcón en el cielo.

Yo pude llegar a ese lugar y estar con el y jugar un poco.

Me desperté sobresaltado y muy triste. No podía sacar a mi gato de ese lugar.

Me volví a dormir y continuó el mismo sueño.

Encontré nuevamente a Niki.

Se las había ingeniado para salir de ese balcón.

Corrí al encuentro de mi gatito, lo abracé muy fuerte, no lo iba a perder otra vez.

Me pesaba mucho, pero yo resistía y en un punto comencé a vislumbrar la salida. Estaba con Niki sobre mis hombros, pero cuando empecé a pasar por el agujero que me permitiera arrancar a Niki de la muerte, me topé con una inmensa estatua.

Era gigantesca, en el sueño la veía similar a la famosa estatua de la Libertad, yo estaba con mi gato, pero a espaldas de esa mole.

A pesar de ser inmensa había resquicios de luz por donde yo intentaba pasar con Niki y traerlo a este mundo.

Dejé al gato en el piso y empecé a buscar la forma de pasar por esos resquicios, pero era imposible.

Comprendí luego de mucho buscar, que era imposible traspasarla con mi gatito a cuestas.

Me desperté desesperanzado.

Hoy lo sigo buscando, lo sigo escuchando en sueños.

Lo he visto alguna vez. Sigo viajando, dentro de la Patagonia, tan silenciosa como mi gato.

Solo tengo una duda.

Quizás, es Niki, el que me está soñando.

Yo ya no existo.

Solo soy un personaje que escribe un cuento de gatos, dentro de su hermoso ensueño felino.

Sé que solo los gatos podrán comprender este relato.

LA CATARATA DEL TIEMPO

No soy de comprar absolutamente nada en mis viajes, pero esta vez, en un viaje a Los Angeles, EE.UU., en una tienda de relojes, me fascinó un reloj de acero en su exterior, esfera azul, agujas de acero y por encima del vidrio una placa de acero cuadrada completamente perforada como un colador, por donde se podía espiar la hora. La malla era de cuero negro.

El viaje no fue gran cosa, pero valió la pena por ese reloj.

Al regreso, después de un par de meses de no hacer casi nada, salvo leer algunos libros interesantes y ejercitarme en el gimnasio, me fui de viaje a San Martín de los Andes, Provincia de Neuquén.

Me recomendaron acampar en un camping que se llama Quila Quina. Y hacia allí fui.

Pude acampar en un bosque y armar mi carpa al lado de un pequeño arroyo. La vegetación era de un verde profundo, que demostraba la fuerza de la tierra en esa zona. El bosque en realidad era el final de la ladera de una montaña que llevaba directamente al territorio mapuche. El terreno tenía un pequeño declive, por eso se formaba un espejo de agua que provenía directamente del deshielo de montañas que rodeaban esa zona.

El lugar, el silencio, los colores, todo era impactante.

Armé la carpa me tendí con la bolsa de dormir sobre el pasto y me quedé durante horas sentado, apoyado sobre un tronco de un árbol inmenso.

Más tarde decidí caminar y remontar el arroyo, por lo que empecé a ascender siguiendo el curso del hilo de agua. La vegetación comenzó a hacerse mas verde y mas espesa aún y los árboles eran cada vez mas grandes y frondosos.

A pesar que era media tarde y el sol estaba a pleno, por momentos la vegetación y los árboles oscurecían el bosque, dando la apariencia de que estaba por caer la noche. Mientras caminaba comencé a sentir que mi nivel de energía física crecía. Era tanto mi empuje que comencé a correr, no por mi propia decisión sino que la propia energía del lugar me hacía correr. Mi cuerpo ascendía a una velocidad increíble, incluso comencé a descender y ascender simplemente para comprobar que mi velocidad y fuerzas no eran normales, y ni siquiera estaba agitado. En esa velocidad empecé a percibir por el rabillo de los ojos, luces pequeñas que saltaban a mi alrededor. Eran muchas luces de distintos tonos, pero las luces que mas predominaban eran de un color ambarino. Saltaban se escondían detrás de los árboles, se asomaban y corrían y yo corría detrás de ellas, pude adivinar su juego, cada vez que yo las encontraba se quedaban estáticas, como sorprendidas de que yo pudiera detectarlas, y luego de pegar un brinco salían disparadas hacia otro escondite mientras yo las volvía a perseguir. Ese juego duró un largo rato. Yo corría, saltaba y ellas, se escondían, se mostraban, cuando detectaban que yo las encontraba saltaban, corrían. Hoy recordando ese día aun no puedo explicar aquello, pero puedo asegurar que esas manchas estaban concientes de ser, si bien eran

amorfos, en estado de tensión podían parecer neuronas, y en estado relajado, eran de una forma oval, pero estoy convencido que comunicaban sentimientos, emociones.

Sin darme cuenta, en ese juego fui llevado al interior del bosque, y me perdí.

Esa fue la intención. Jugar y divertirse conmigo y luego extraviarme en ese bosque. Y una vez logrado el objetivo, desaparecieron.

Comencé a bajar la montaña, pero no encontraba la salida del bosque. La espesura era inmensa, los verdes eran tantos y tan abrumadores que ya no distinguía una planta de otra. Luego de caminar por espacio de dos horas, me convencí que nunca iba a encontrar el camino de regreso. La desesperación todavía no me había llegado pues aun era de día, pero lentamente mis pensamientos se tornaban morbosos.

En el silencio comencé a escuchar el murmullo del agua, y me fijé como objetivo encontrar el curso de ese agua. Ya no eran mis ojos los que me guiaban, sino mis oídos.

Fue una experiencia interesante poder descubrir que en estados de peligro el cuerpo dispone de muchos recursos para sobrevivir.

A medida que me acercaba, el murmullo del agua se hacía mas potente. No era un pequeño arroyo a lo que me estaba acercando, pues la potencia del sonido me decía otra cosa.

Sabía que una vez encontrado el río, solo tenía que empezar a descender siguiendo el curso y seguro encontraría, o un camino o signos de vida, o inclusive mi carpa.

Cuando llegué a lo que consideraba un arroyo, me quedé perplejo al ver, para mi sorpresa, que era un enorme torrente de agua cristalina que caía violentamente.

Una catarata sobre una pared de piedra; de aproximadamente cinco metros de altura, y luego formaba una hermosa pileta rodeada de rocas, para después escabullirse entre enormes rocas y continuar descendiendo. El paisaje era muy bello.

Mi impulso fue correr siguiendo el curso del agua, pero cometí el error de sentarme en una roca que estaba muy cerca de la catarata de agua.

Me concentré en observar el fondo del arroyo. El agua era definitivamente transparente, pero el reflejo del sol, provocaba un sinfín de colores en el fondo.

En un momento dado observo mi imagen en el espejo de agua, y la claridad de la imagen era tal que veía perfectamente las facciones de mi rostro. Mis ojos reflejaban un brillo impresionante.

Traté de desviar la mirada y ya no pude, de a poco mi rostro se desdibujaba y se estaba convirtiendo en agua.

No podía moverme.

Estaba dejando mi estado sólido para convertirme en un elemento líquido.

De mis ojos emanaban lágrimas, era mi propio interior el que estaba abandonando la forma sólida, y se estaba disolviendo en ese río.

Comprendí que no iba a salir jamás de ese lugar, el río se estaba apoderando de mi energía. Pude conservar un poco de cordura

y le pedí a ese espíritu que me deje ir, que me pida lo que quiera a cambio de mi libertad.

Le dije que a pesar de que era hermoso el lugar, de que podría perfectamente vivir en ese silencio, entre esas montañas, nadando eternamente entre sus aguas, quería mi libertad.

Era una idea hermosa, la propuesta.

Conservar la conciencia eternamente nadando dentro y a lo largo de este hermoso río. Me invitaba, me seducía, por momentos la sensación era fresca, por momentos era entibiada por el sol, pude distinguir dentro del lago muchos seres de colores que querían conversar conmigo.

La decisión estaba casi tomada en mi corazón, pero algo luchaba dentro mío, que no quería terminar, pugnaba por no poner fin a este hermoso y espinoso camino, necesitaba continuar con mi vida, nunca iba a lograr el equilibrio, la paz interior, si me quedaba atrapado en ese sitio.

Entonces me habló.

Me contó que es verdad, que había tomado prisionero a varios seres de diversas especies.

Algunos vivían ya plácidamente entre sus entrañas, y los pude ver, estaban tranquilos, eran espíritus esclavizados por ese espejo de agua, pero eran felices.

En cambio me mostró algunos que todavía se quejaban, y vi varios remolinos que se retorcían, subían y bajaban violentamente, se impulsaban y volvían a quedar atrapados en la masa acuosa.

Yo estaba aterrado de terminar como ellos. Fue entonces que me pidió a cambio mi reloj. No dude un segundo, me llevé la mano derecha a la muñeca izquierda y el reloj saltó al agua.

El reloj quería estar en ese lugar, lo pude ver cuando entró al agua, vi como una cuerda plateada llena de vida, como el rayo mas delgado y plateado en la noche mas oscura de la eternidad, se sumergió en ese río.

Mi tiempo se disolvió.

Ese río me devolvió mi cuerpo pero me sacó a cambio algo mas que ese hermoso reloj. Me sacó mi tiempo.

Mi tiempo vive atrapado eternamente en ese Hermoso y Cristalino río de Quila Quina.

VIAJE AL LIMITE

Decidí alejarme de Buenos Aires.

Me había ingresado dinero a cambio de un trabajo, y si lo administraba bien, tendría lo necesario para viajar.

Vivir en la ciudad de Buenos Aires me estaba haciendo daño, tenía que escapar de esta ciudad, de su gente, de su agresión permanente.

A pesar de que abandonaba muchas cosas, mi cuerpo y mi psiquis no resistía más esta ciudad desesperada y furiosa.

Era el momento de dejar todo e intentar comenzar de nuevo.

Decidí irme a la ciudad de Purmamarca en la bella y misteriosa provincia de Jujuy.

Ya había estado en otras oportunidades de visita en esa provincia y me pareció un mundo diferente.

Su paisaje y su gente tan callada, fuera de nuestro tiempo, era el punto de partida para una nueva experiencia de vida.

Preparé todo en un par de horas y me fui a la estación de micros de larga distancia.

Tenía que aguardar casi seis horas, el micro que me lleve a Purmamarca pero mi necesidad de abandonar esta ciudad era tan desesperante que decidí abordar el primer transporte hacia el norte del país.

Ya mi tiempo era otro.

Las horas ásperas de Buenos Aires habían finalizado. Podía darme el lujo de visitar otras provincias, disponía libremente de mi destino.

No tenía que rendirle cuentas a nadie, explicar nada, había decidido cambiar mi vida y no tener mas ataduras a mi pasado reciente.

El vendedor de pasajes, me dijo que estaba saliendo un micro para Santiago del Estero, no lo dudé un segundo pagué el pasaje y corrí al andén, el micro ya estaba en movimiento, pero por suerte el conductor al ver mis señas, se detuvo y me permitió el ascenso.

El micro estaba bastante completo, busqué mi asiento, del lado de la ventanilla, y cuando le pedí permiso a una persona mayor que estaba sentado en la butaca vecina a la mía, se sobresaltó.

Me dijo que yo estaba equivocado, que al lado de él nadie debía sentarse.

Pensando que me había equivocado de número, entre los dos miramos el pasaje y confirmamos que ese efectivamente era mi asiento.

Se levantó a desgano y me dejó pasar, se quedó parado cabizbajo y murmurando algo inteligible, cerró los ojos y todo su cuerpo se desmoronó sobre el asiento, y se durmió, o eso me pareció a mí.

Era un hombre que aparentaba unos 60 años de edad, la tez oscura, su pelo canoso, tupido y peinado hacia atrás, lo que hacía resaltar su perfil aguileño.

Su rostro parecía una piedra tallada, no había curvas suaves, todo estaba afilado, las arrugas no eran tal, eran surcos profundos, eran pliegues de una profundidad que impresionaba.

Por alguna razón su cercanía me provocó inmediatamente una sensación de bienestar, y comencé a sentir un cosquilleo placentero en la nuca.

El viaje comenzó, y entre el andar tan suave del micro y la presencia de esa persona a mi lado, experimenté un momento de calma inolvidables.

Estar sentado ahí, en ese viaje, en esa ruta, en un micro confortable, ese hombre extraño al lado mío, y por supuesto mi nueva vida, me gustó.

En un momento determinado salgo de mi estado de somnolencia, y veo que mi acompañante estaba sentado bien firme y miraba para abajo, tenía los ojos bien abiertos, pero cara de contrariado, era evidente que estaba pensando y decidiendo algo.

Yo trataba de mirar de reojo, me dolían los ojos por el esfuerzo, pero por suerte mi estado de bienestar, no desaparecía, me volví a adormecer otro buen rato.

Me despierta un lamento desgarrador, una especie de llanto y un grito a la vez, era un sonido lejano, difícil de percibir, pero yo lo escuchaba muy cercano, era evidente que lo producía mi compañero.

Lo observé en la semi oscuridad del micro y pude ver su rostro transformado en una mueca horrenda.

Esa imagen duró pocos segundos pues se incorporó bruscamente y me sonrió.

Se levantó del asiento ágilmente y se encaminó hacia adelante.

Su ausencia me dejó una sensación de vacío, y estaba ansioso de que volviera a mi lado, sentía que cerca de ese hombre la felicidad era posible, era una sensación fascinante.

Al rato oí a un niño riendo a carcajadas, el hombre estaba jugando con esa criatura. La risa del niño era contagiosa, el hombre le obsequió unos caramelos.

Luego de eso siguió camino hacia adelante.

No podía sacar la vista de sus movimientos.

Estuvo largo rato inclinado, hablándole al conductor. En ningún momento pude detectar si el chofer le respondía.

El hombre comenzó a retornar, caminaba muy lentamente por el pasillo.

Observaba atentamente a todos los pasajeros.

En eso, se detenía y convidaba algún caramelo a otro niño, y a la vez conversaba con el acompañante.

Prácticamente habló con todos los pasajeros, y acarició e hizo reír a los pocos niños que estaban viajando.

Me sorprendía su facilidad para entablar conversación con todos, daba la sensación que ya los conocía.

Los palmeaba, les acariciaba la cabeza, si podía los abrazaba, y todos estaban felices de dialogar con él.

Finalmente se sentó nuevamente en su asiento y me preguntó de qué, estaba yo, escapando.

Su pregunta me dejó perplejo, no supe que responder, y dijo algo que no alcance a comprender:

—Había que tener mucha velocidad para subir a este micro.

Se sonrió misteriosamente y me dijo: —el destino de los seres humanos es excesivamente incierto.

Miré por la ventanilla, todo era negro, y solo se veía a lo lejos algún relámpago, y en el reflejo del vidrio, la imagen del hombre no se veía.

Sorpresivamente me abrazó y acercó su rostro a mí oído y empezó a susurrar:

—Hoy rompiste tu mundo. Tu vida se había terminado, de la forma en que la estabas viviendo, era tu fin, pero tuviste la velocidad y te decidiste por la libertad.

—Encontrarte conmigo, en medio de ese cambio te dio la energía suficiente para ganarme este enfrentamiento.

—Hoy te iba a llevar, pero ahora decido que no es tu tiempo —agregó.

—Tu tiempo no ha terminado.

—Todos los que moran en este plano de consciencia, todos los humanos, se encontrarán conmigo, y yo decido quien me acompaña y quien no.

—La gente que esta inconsciente, y no lucha por su libertad, acepta su destino, desgasta innecesariamente su energía, la regala. Esa gente con mi contacto se desintegra, y la rueda sigue girando.

En cambio hay, en esta tierra, gente distinta, guerreros de la Libertad. A esa gente la enfrento, la escucho, la respeto.

—Yo cuido la puerta hacia la noche y hacia el día. Algún día los seres humanos van a comprender que la muerte puede ser el

final o una especie de trampolín para seguir viviendo experiencias increíbles.

Se acercó aún mas y en voz muy firme y autoritaria dijo:

–Corré por el mundo, buscá la libertad, todavía no es tu momento.

–¡Buscas la libertad y en ese estado de consciencia sin dudas, vas a vivir cosas monumentales!

–Y yo, la muerte, respeto eso. –Concluyó.

En pocos segundos me encontré al lado de la ruta, embarrado, golpeado, con varios raspones, pero sin ninguna consecuencia grave.

A escasos 50 metros, solo se veía fuego, y el micro volcado e incendiado.

ÍNDICE

Danza eterna	7
La cueva de las manos. Parte I. La primera batalla	13
La cueva de las manos. Parte II. El salto hacia la libertad.....	19
Montaña encantada	27
El ensueño de un gato	37
La catarata del tiempo.....	43
Viaje al limite	49

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Enero de 2022